

MS 385
11.2/1264
c. 1

Domingo 20 de Julio de 1924

VENTAJAS DE LA MENTIRA

"El país se encuentra al borde de la bancarrota económica".

(Discurso del señor Alessandri en Concepción).

!qué no han hecho los espíritus malévolos por criticar la actuación del señor Alessandri! Con decir que hasta ha llegado a censurársele el meticoloso cuidado con que, en sus actos políticos, proclamas y discursos, ha sabido evitar siempre la verdad.

Y sin embargo, ¿qué habría sido del país, si el señor Alessandri, por equivocación o por descuido, hubiera faltado, una vez sólo, a esa norma de conducta? ¿qué habría sido del país, si hubiera tenido - como otras desdichadas naciones - un mandatario habitualmente sincero?

No hay felicidad más grande para un pueblo desgraciado que no creer en la palabra del Gobierno.

En un país como el nuestro, sin administración, sin orden, sin Cámaras legítimas, sin finanzas, ¿qué declaración verdadera puede hacer el Gobierno que no cause una molestia?

Tenemos por fortuna en la Moneda un hombre inteligente y sin prejuicios que, desde el primer momento, ha comprendido que es mil veces preferible para un pueblo gozar con el engaño que sufrir con la verdad.

Para apreciar en todo lo que vale la mentira piadosa, la mentira enervante y tranquilizadora de los discursos oficiales, es preciso imaginar por un momento, lo que habríamos sufrido si el señor Alessandri hubiera caído en la debilidad de decir las cosas tales como son.

En vez del programa feérico del amor fecundo, con promesas de respeto a la Constitución y a las leyes, gobierno fuerte y honrado, orden en la administración, protección a las clases proletarias, economías en el presupuesto, libertad electoral y otros dulces engaños, el país habría oído sinceridades como éstas:

La Constitución será interpretada, conforme a los deseos del Presidente y sus amigos;

El dinero del presupuesto será repartido entre estos últimos;

Se gravará a los habitantes con nuevas contribuciones;

La libra se cotizará a 42.60;

No se mejorará en manera alguna la situación de los obreros;

Se jugará a un golpe de dados el derecho de Chile sobre Tacna y Arica;

Un proyecto del señor Subercaseaux, resolverá de los destinos de los fondos de conversión;

La vida se encarecerá al doble de lo que estaba bajo el gobierno del señor Sanfuentes;

Se suprimirán las elecciones libres, y el Gobierno, por medio de la fuerza armada perseguirá a los electores y asaltará las mesas receptoras de sufragios;

Se empastelarán las imprentas de provincia que no aplaudan los procedimientos del Ejecutivo;

Se constituirán en esta forma mayorías homogéneas, en ambas ramas del Congreso, a fin de imposibilitar todo Gobierno;

Los Gabinetes serán censurados cinco veces antes de que el Presidente encuentre medios de buscarles reemplazantes;

se llegará a dudar de la existencia de la Alianza Liberal, y hasta del juicio de su abanderado, etc.

¿Verdad que, ante declaraciones semejantes, los escasos ciudadanos que no hubieran sucumbido de dolor, habrían emigrado del país?

Gracias al engaño piadoso y permanente del Ejecutivo, nada de esto ha sucedido. Por el contrario, la nación, sumergida cada día en ese baño tibio de mentiras, se ha ido robusteciendo poco a poco, aclimatando su organismo para recibir la ducha fría y asarga de la verdad.

Ella ha recibido y no ha temblado. El señor Alessandri ha declarado: "urbi et orbi": "el país está al borde de la bancarrota" y nadie ha dado muestras de inquietud. Por la inversa casi se ha notado cierto bienestar entre los acreedores, cierto mejoramiento en las finanzas, cierta firmeza en la cotización de nuestro cambio.

¿Qué mandatario en la historia habría pedido permitirse un lujo semejante?

Podrá objetarse, sin duda, que, si un gerente de banco, se atreviera a declarar la institución en bancarrota, y ningún acreedor se presentara a retirar sus depósitos, sería prueba evidente de que lo creían loco o incapaz de darse cuenta de las finanzas del banco; pero esto en nada afecta al hecho mismo.

¿Qué importancia tiene que se dude del buen juicio o la palabra de un hombre, si con esto se salva y se mantiene la institución que él representa?

El país debe al señor Alessandri, un bien, un inmenso bien; puede escuchar ya de sus labios las verdades más alarmantes y terribles, sin un ápice de molestia o inquietud.

A fuerza de no creer en la mentira ha llegado a no creer en la verdad.

CELICH UC

Centro de Estudios de Literatura Chilena

Pontificia Universidad Católica de Chile

P.